

Presenta una densa Introducción, que aborda las claves de la discusión historiográfica moderna al respecto, con una bibliografía muy actualizada. Y, al tiempo, deja caer al lector hasta qué punto las fuentes que va a utilizar son en todos los casos una expresión particular, que en modo alguno señala algo así como un “acta de defunción” del imperio en su parte occidental. Al contrario, Castellanos va mostrando cómo esta idea surgió más tarde, en Constantinopla, a modo de respuesta a las necesidades ideológicas de un Justiniano empeñado en sus guerras de recuperación imperial en Occidente.

Aunque el tema principal del ensayo es la ideología, en este caso, el estudio de cómo las aristocracias tardorromanas se fueron posicionando durante el largo proceso de desarticulación imperial y cómo las fuentes son una expresión de dicho proceso, Santiago Castellanos entra en los asuntos de base. Así, hay un capítulo centrado en los vestigios materiales, con un repaso a las novedades que el registro arqueológico va planteando en los últimos años. Del mismo modo, el tema de los bárbaros recibe un especial tratamiento, con su evolución desde el *tópos* clásico hasta la realidad cotidiana de los *regna* asentados en suelo imperial.

En fin, el tratamiento de autores como Sidonio Apolinar, Ruricio de Limoges, Hidacio, Próspero, Remigio, entre otros muchos, así como las hagiografías sobre personajes del siglo V escritas a comienzos del VI d.C., o de registros epigráficos muy ilustrativos (quiero recordar ahora el llamado *dossier* de Rústico de Narbona), el propio material arqueológico, son los soportes documentales que permiten al autor ir tejiendo una explicación. En ella, comprendemos cómo las aristocracias occidentales eran desde luego heterogéneas, pero en su conjunto trataron de ganar posiciones en unos tiempos de cambio, en los que los reinos bárbaros eran el escenario en el que estos personajes poderosos iban a tener que moverse. Un obra, por tanto, de recomendable lectura sobre una de las épocas más convulsas y peor conocidas de la Antigüedad clásica.

Santiago MONTERO

Universidad Complutense de Madrid
smontero@ghis.ucm.es

Daniel JUSTEL VICENTE (ED.), *Niños en la Antigüedad. Estudios sobre la infancia en el Mediterráneo antiguo*, Zaragoza, Pressas de la Universidad de Zaragoza, 2012, 263 pp., 17 figs. [ISBN: 978-84-15538-39-4].

El Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo (IEIOP), en colaboración con el CSIC y la Universidad de Zaragoza, nos ofrece un interesante estudio que analiza, siguiendo un orden cronológico por especialidades, diferentes visiones de la infancia en tiempos prehistóricos y en el mundo antiguo. Ya en su introducción el editor tiene a bien explicar los orígenes de los trabajos que abordan distintos aspectos de

la infancia, principalmente desde la primera mitad del siglo XX, cuando se intentaron buscar los orígenes de la noción de “infancia” en la Antigüedad, hasta el completo florecimiento de dichos estudios desde los años noventa. A pesar de ofrecernos estos detalles, y puesto que la documentación sobre la infancia en tiempos antiguos resulta bastante abundante en nuestros días, el mismo editor indica que ésta no es una obra que pretenda realizar el compendio documental de todos los trabajos publicados al respecto, sino, por el contrario, presentar una aportación innovadora más a dicho compendio, con temas de suma variedad interdisciplinar.

La obra se encuentra dividida en siete bloques temáticos o capítulos, cada uno de ellos de distinta autoría, elaborados por jóvenes investigadores y doctores dedicados a diversas ramas del conocimiento. Todos los capítulos siguen, como ya se adelantó, una ordenación cronológica, que se inicia en tiempos prehistóricos y culmina en pleno período altoimperial romano; con ello se busca una mayor lógica y facilidad en la comprensión del discurso y, al mismo tiempo, mostrar al lector los distintos tratamientos que se ha otorgado a la infancia según las épocas y las culturas en cuestión, para que puedan apreciarse las diferencias y las similitudes con mayor claridad.

Tras el capítulo introductorio dedicado a los estudios desarrollados sobre la infancia y el estado de la cuestión que realiza el editor (pp. 15-29), Manuel Bea inaugura el primer bloque con un capítulo (pp. 31-55) en el que realiza un análisis de todos los ejemplos conocidos hasta la fecha de representaciones infantiles en el arte levantino, para mostrar al lector cómo en la mayoría de los casos los niños suelen estar acompañados de adultos del género femenino, normalmente subdivididos en tres categorías de escenas (embarazo y alumbramiento, transporte de niños en bolsas para la espalda y amamantamiento), siendo muy escasas las representaciones con adultos del género masculino. Con ello se pretende evidenciar la necesidad de una nueva revisión y catalogación de todas las representaciones que evite los posibles equívocos realizados en estudios pasados, como la comprensible confusión entre figuras zoomorfas y antropomorfas, la difícil identificación de las edades de los individuos en base al tamaño de las figuras, etc. Frente a la escasa relevancia otorgada a la infancia por otros investigadores –en base a la supuesta marginalidad de las representaciones infantiles– esta nueva revisión probaría la importancia social de los niños en estos grupos humanos.

A continuación, Margarita Sánchez Romero y Eva Alarcón García (pp. 57-97), mediante el uso de una estricta metodología arqueológica, revelan interesantes datos sobre los individuos infantiles del sur peninsular durante la Edad del Bronce, centrándose en tres casos concretos, dos de ellos pertenecientes a la cultura de El Argar, en Cerro de la Encina (Monachil, Granada) y Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), y el último en el área de la Mancha, en Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real). Siguiendo como pilares básicos el análisis de sujeto, objeto y contexto funerario, salen a la luz detalles del mundo infantil: ante la escasez de restos óseos infantiles provocada por su breve perdurabilidad, la relación cuerpo/objeto (ajuar) ayuda a la identificación de los individuos en el ámbito social. El propósito último de su estudio es desvelar algunos de los procesos de aprendizaje y socialización que experimentaron los niños, apreciándose la gran relevancia que podían alcanzar los rituales funerarios

o los momentos de juego basados en la imitación de las actividades adultas, como la producción cerámica.

Daniel Justel Vicente, editor del volumen, también ocupa un papel como autor al ofrecernos un trabajo (pp. 99-148) sobre las adopciones infantiles en el Próximo Oriente, un tema de por sí sumamente interesante si tenemos presente que la mayoría de las adopciones practicadas solían ser de personas adultas; si bien es cierto que ya se habían realizado algunos análisis anteriores, la novedad aportada por el autor reside en enfocar su análisis hacia todo el compendio de casos conocidos de adopciones infantiles en Siria y Mesopotamia desde los comienzos del II milenio a.C. hasta mediados del I milenio a.C. Para la obtención de información, Justel Vicente emplea como fuentes primarias las series lexicales, los textos legislativos y los propios contratos de adopción, estos últimos más numerosos. Mostrando al lector interesado, con gran calidad de detalles, variados ejemplos de textos, busca demostrar que las adopciones infantiles fueron mucho más complejas que las llevadas a cabo con adultos, pues mientras que éstas normalmente se han justificado casi siempre por causas económicas, en las infantiles pueden llegar a intervenir causas más diversas, como la incapacidad de los padres biológicos para mantener y criar a su prole, la viudedad de los progenitores, la búsqueda de herederos de la parte adoptante, la obtención de un aprendiz que ayudase en la manutención familiar trabajando en el negocio del adoptante, e incluso algunos casos de mera caridad; sin embargo, se aprecia que en todos y cada uno de los casos, y a pesar de ser sujetos pasivos en las negociaciones, los niños adoptados nunca salen perdiendo en el contrato de adopción.

Siguiendo el orden temático, Jordi Vidal (pp. 149-162) cimienta su trabajo en diversos textos mitológicos del territorio y la ciudad de Ugarit, con el propósito de discernir entre este imaginario religioso oriental un reflejo de veracidad histórica para revelar al lector datos de interés sobre la población infantil. Así, el hecho significativo de que determinados reyes en estos mitos no tengan descendencia alguna, siendo la divinidad quien se la concede mediante un acto milagroso, hecho que puede estar vinculado con las altas tasas de mortalidad infantil en el Mediterráneo oriental durante el Bronce Final; o también que en los mitos se relate con frecuencia la protección que recibían huérfanos y viudas por parte de la realeza, pudiendo existir una conexión con la realidad social de las dificultades por las que pasaban muchos niños cuando perdían a sus progenitores y quedaban en unos precarios niveles de subsistencia. Bien es cierto, como reconoce el propio autor, que la escasez documental de sus dos principales fuentes, las leyendas ugaríticas de Kirta y Aghat, no permite realizar un análisis en profundidad.

El discurso de la obra realiza un salto temporal y temático con el trabajo de Laura Sancho Rocher (pp. 163-197), centrado en la época clásica griega (especialmente en los casos de Atenas y Esparta, las polis emblemáticas de dicha época) y dedicado al escrutinio de la *teknopoía*, es decir, de las costumbres y las normas de procreación y crianza de ciudadanos con el fin último de la supervivencia de las sociedades. A pesar de que la documentación consultada (principalmente Aristóteles y Plutarco, un autor bastante tardío para época clásica) sea bastante fragmentaria, los datos extraídos de la misma resultan de gran interés, pues la autora, con un adecuado y claro discurso,

pretende demostrar que, en Atenas, las medidas adoptadas en los casos del matrimonio, la adopción y la herencia (que hundían sus raíces en la tradición de Solón) fueron de suma utilidad, permitiendo a la polis sobrevivir a sus particulares escollos demográficos; mientras, las medidas implementadas en Esparta, aunque guiadas por la buena intención de intensificar el decadente potencial demográfico, sólo sirvieron para perpetuar una oligantropía que reducía el número de ciudadanos.

Este compendio finaliza con la exposición de dos trabajos más, esta vez enmarcados en la especialidad de la Roma antigua. El primero de ellos, de Alberto Sevilla Conde (pp. 199-233), profundiza en el mundo funerario romano para considerar el tratamiento específico que debieron recibir los infantes en unos determinados rituales funerarios; aunque los niños no podían tener relevancia social hasta la obtención de la *toga virilis* (y las niñas hasta el momento de su matrimonio), lo cierto es que se aprecia un tratamiento muy preciso y complejo con sus muertes, pues debía realizarse un *funus* concreto según la edad, el grado de sometimiento a la *potestas* paterna, la selección del lugar del enterramiento –ya fuese éste el propio hogar (con el propósito de mantener la unidad familiar) o una sencilla tumba en las necrópolis extramuros junto a otros familiares–, la discreción del enterramiento en base a la muerte demasiado temprana de un ser querido... El trabajo se acompaña de un adecuado elenco de citas de gran utilidad para la búsqueda de documentación, una documentación por cierto abundante –tanto literaria como arqueológica– que hace de este estudio un completo análisis en la materia. De especial interés resulta el empleo de las fuentes arqueológicas, que ayudan a mostrar la relevancia del difunto mediante el análisis de la postura de los restos óseos o del propio lugar de enterramiento, como, por ejemplo, los cimientos de determinados edificios de carácter sacro. Sólo en base a las altas tasas de mortalidad infantil en época antigua puede subrayarse la relevancia de los niños y jóvenes de cara a los rituales funerarios, como prueba el *funus acerbum*, o hasta la propia consideración emocional paterna hacia los mismos, desde el distanciamiento y la austeridad de época republicana hasta un incremento del sentimiento de pérdida a la altura del siglo II d.C.

El segundo trabajo relativo a Roma, y último de la obra, pertenece a Gonzalo Fontana Elboj (pp. 235-262), en el cual, mediante una muestra de específicos fragmentos textuales extraídos de fuentes primarias, se nos desvela la interesante contradicción entre los niños como sujetos sometidos constantemente a la amenaza de sufrir maledicios o encantamientos (razón por la cual la arqueología testimonia una enorme cantidad de material basado en talismanes y amuletos) y los niños como seres virginales puros susceptibles de potenciar la magia para determinados rituales, menos involucrados en la esfera misteriosa y oscura, como la adivinación. El autor utiliza como fuente principal de documentación los papiros mágicos griegos, en los cuales suelen aparecer como punto común niños convertidos en ayudantes de los magos o en médiums, una relación adulto-niño fundamentada en el servilismo del segundo como esclavo del primero, y que buscaba no sólo alcanzar el éxito en la obtención de visiones o contactos divinos, sino también perpetuar las tradiciones mediante el aprendizaje del niño, de suerte que, en el futuro, éste fuese un maestro de la magia tal como lo fueron sus predecesores.

Cada uno de los capítulos analizados dispone de una exhaustiva bibliografía (prueba de la consolidación de los estudios sobre la infancia en el mundo antiguo desde hace años) así como, en aquellos casos donde se precisa, de una adecuada documentación visual que facilita la comprensión al lector interesado.

A modo de conclusión debe destacarse que, si bien es cierto que los temas abordados son de gran concreción científica, tratándose cuestiones normalmente desconocidas por el público en general, en modo alguno la obra cae en el aislamiento de una difícil comprensión: la adecuada construcción del discurso por parte de cada uno de los autores y la correcta disposición temática –según cronología y especialidad– ayudan al lector a situarse histórica y geográficamente en los contextos analizados. Si a ello unimos el hecho de que la cuestión de la infancia en la Antigüedad no constituye precisamente un tema de gran divulgación, entenderemos que la obra pueda suscitar el interés de los lectores, especialmente si son investigadores a la búsqueda de información relevante.

Víctor SÁNCHEZ LÓPEZ

Universidad Complutense de Madrid
vslopez@estumail.ucm.es

Almudena DOMÍNGUEZ ARRANZ (ED.), *Política y género en la propaganda en la Antigüedad. Antecedentes y Legado*, Gijón, Ediciones Trea, 2013, 303 pp. [ISBN: 978-84-9704-705-0].

Si bien los estudios de género no empiezan a surgir en España hasta finales de los años 70 y principios de los 80, *grosso modo*, en los últimos años han ido ganando peso y consistencia, no siendo el ámbito de la Historia Antigua una excepción en ello. Así, en las diversas universidades españolas han ido surgiendo grupos de investigación (Deméter, Historia, mujeres y género de la Universidad de Oviedo), asociaciones (AEIHM), asinaturas o seminarios dedicados a estos estudios.

Precisamente de uno de estos seminarios, que se realizó en Zaragoza en abril de 2012 bajo el título de *Política y género en la propaganda en la Antigüedad*, surge esta obra colectiva, dirigida por Almudena Domínguez Arranz, catedrática de Arqueología de la Universidad de Zaragoza y directora desde 2008 de un proyecto I+D+I sobre estudios de género en la Antigüedad. Hace unos años coordinó otra obra colectiva similar, titulada *Mujeres en la Antigüedad Clásica. Género, poder y conflicto* (Madrid, Editorial Sílex, 2010), recogiendo las actas del seminario del mismo título que había tenido lugar en 2008.

El resto de las autoras tienen un perfil muy variado, desde doctorandas hasta catedráticas, y tratan interesantes temas en torno a las relaciones de género y los vínculos con el poder. Estos vínculos se analizan desde el punto de vista del uso de las mujeres por parte del poder, pero también desde el de la participación de éstas en los meca-